

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (B)
Homilía del P. Valentí Tenas, monje de Montserrat
31 de mayo de 2015
Dt 4,32-34.39-40 / Rom 8,14-17 / Mt 28,16-20

Queridos hermanos y hermanas:

Para preparar esta homilía he estado contemplando y meditando el célebre icono ruso de la Santísima Trinidad de Andrei Rublov, conocida muchas veces por la Trinidad del Antiguo Testamento, porque se inspira en la narración Bíblica de los tres ángeles que se aparecieron a Abraham. El Santo Patriarca descubrió en los diversos ángeles una manifestación divina y, siendo tres, se dirigieron a él, como si fueran uno solo. La tradición Cristiana ve en este pasaje una anticipación de la revelación neotestamentaria de la Santísima Trinidad.

La composición artística del icono está al servicio de su significación teológica trinitaria. Los colores y la posición de las tres figuras sentadas, una más elevada en el centro, la suave inclinación de las cabezas, entrelazadas las alas, produce una relación, un diálogo que manifiesta la unidad dentro de la diversidad. El autor trabaja para que los tres ángeles compongan un círculo y en el centro del icono, sobre una mesa, una copa que los tres señalan con la mano derecha, la Eucaristía. Un diálogo de las tres personas: unidad, amor y perfección.

En nuestra tradición occidental, las letras capitales y miniaturas iluminadas de los códices medievales nos muestran el "Trono de la Gracia", que representa al Padre sentado con poder dentro de la gran mandorla, que sostiene con las manos la Cruz Gloriosa de su Hijo crucificado, mientras que el Espíritu Santo, representado en forma de paloma, está a la derecha de los dos, enlazándolos, creando unidad, amor y perfección.

Toda la celebración de este domingo es un cántico de adoración y de acción de gracias al Dios uno y trino. La Trinidad de Dios no es un teorema o una mera reflexión especulativa. La Santa Trinidad es un misterio de amor, tal como nos lo ha revelado Jesucristo. Es una inmensidad de amor, presente en todos nosotros.

Nuestro Dios ama todo lo que Él ha creado. Es capaz, también, de conmoverse ante cada persona y de hacerse solidario del sufrimiento humano. La gran revelación de este amor es la cruz de Jesucristo y la fuerza de Pentecostés del Espíritu Santo, presente y activo en nosotros, los bautizados en nombre de la Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, sumergidos dentro del agua bautismal del amor infinito de Dios, convertidos en imágenes vivas, en templos de la Trinidad, formamos todos la Iglesia que peregrina en la Tierra. Gracias a este misterio podemos sabernos realmente hijos del Padre, vivificados todos por el mismo Espíritu Santo que habita en nuestros corazones y nos hace gritar ¡Abbá, Padre!

Permítanme leer unos fragmentos de la oración de la Beata Isabel de la Trinidad (1904): "¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro! Ayúdame a olvidarme enteramente para establecerme en Vos, inmóvil y tranquila, como si mi alma estuviera ya en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Vos, ¡oh mi Inmutable!, sino que cada minuto me haga penetrar más en la profundidad de vuestro misterio. Pacificad mi alma, haced de ella vuestro cielo, vuestra morada amada y el lugar de vuestro reposo. Que no os deje allí jamás solo, sino que esté allí toda entera, completamente despierta en mi fe, en adoración total, completamente entregada a vuestra acción creadora."

Como dice el Evangelio de hoy: *Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Así sea!*